

AUTORES Y LIBROS

# Las Memorias de Mister Huifa

He aquí otro hombre que confiesa que ha vivido. No como Neruda, precisamente, que tenía otra concepción del "homo ludens". Renato González Moraga, "Mister Huifa" en las planas de la crónica deportiva, pertenece a la época en que el ejercicio del periodismo constituía una leyenda. Una leyenda vedada, por de pronto, a las mujeres. Trabajo de hombres. Maestranzas en la noche. Bohemia galante. Casas de mala nota. En "Las Memorias de Mister Huifa" (Editorial La Noria, Santiago, 1986), Renato González Moraga sugiere mucho más de lo que dice. A través de estas páginas cortadas, un tanto descosidas, en un estilo que recuerda a menudo la sencillez de Baroja, el autor se abstiene de meditar en la última vuelta del camino. ¿Para qué? La existencia es el viaje, no la posada.

Hay muchas posadas en las variaciones de este libro, que uno hubiese querido de quinientas páginas, no de doscientas. Los recuerdos a "Mister Huifa" no sólo le vienen de las zonas de su especialidad: la deportiva. Le vienen del hecho capital de haber vivido.

En la nueva y flamante Librería Universitaria, de la calle Agustinas, encontramos, días atrás, el volumen. Nos pesó saber que lo hallábamos con tardanza. Ex redactor deportivo en jefe de "Las Últimas Noticias", González da la impresión de tener en poca estima aquellos años. Le molestan. Pero lejos de experimentar enojo hacia personas determinadas, las cuales, al fin y al cabo, determinan el curso de los acontecimientos, vuelve su irritación, no explícita, aunque latente, en contra del órgano de opinión en que pasó buena parte de su juventud generosa. Todo esto se lee entre líneas, naturalmente.

Evocando, más adelante, el barrio Yungay, el viejo barrio Yungay, donde discursó su infancia (fue alumno del Liceo Miguel Luis Amunátegui), se complace en la pintura rápida de las ceremonias urbanas que encarnaban el "discurso semántico", pongámoslo así, de todo un período social de nuestra historia.

En un ensayo sobre el oficio de escribir, Paul Johnson, el autor de "Tiempos Modernos", afirma que no existe línea divisoria entre el periodismo y la literatura. En este libro se pone en evidencia la calidad de dicho juicio. Boxeadores, futbolistas, actores, bohemios, las ciudades y los años animan la pluma del infatigable periodista.

LA NOCHE DEVORA  
A PABLO GARCÍA  
(1919-1989)

Parecía no tener fin. Lo tuvo. Murió. Uno de estos días. Algunos lo recordarán. Pocos. Enrique Lafourcade, Carlos Ruiz-Tagle, Carlos René Co-



"Mister Huifa"; además, memorialista

rra, León Ocqueteaux, este último allá lejos, en Aisén, Dios sabe dónde.

Pablo García, autor de "Los Muchachos y el Bar Pompeya", era secreto, misterioso, como el "bar" de su relato. Figuró hacia los años 50 entre los herederos de la científica norteamericana de Caldwell, de Saroyan, de Hemingway, de Faulkner. Pudo disputarse un cetro con Giaconi. Pero era escondido, temeroso, discursivo al revés. Otros van poblando el mundo de rumores. Como los que sembró a su paso Claudio Giaconi. Pablo García y Meguillanes (al fin, después de muerto, se supo su segundo apellido) se negaba a dejar rastros. Su amistad constituía una especie rarísima. Se ataba y se desvanecía en la calle. Hijo de un pastor protestante, mostraba en su literatura — cuentos, novelas, poemas — las huellas de una evangelización personalista. Entre sus novelas se cuenta una titulada "La Noche Devora al Vagabundo" (1965); entre sus libros de poemas hay uno llamado "Situación de la Angustia" (1956). Pablo García creía de veras que la noche podía devorar al vagabundo. De buena fe. Literalmente hablando. Se obstinaba en fijar la situación de la angustia, de su angustia.

Fue un grave síntoma de escritor de puertas adentro.

Lo asediaba la amenaza de la violencia. Leía a Neruda; lo comentaba. Editaba unos "anuarios" extraños para contribuir al mantenimiento de los suyos.

Tenía unos ojos que se clavaban profundamente, con un tono azuloso. Enfriaban. Agitaba los brazos en la charla. Ostentaba un constante ademán de-

fensivo con sus manos. Hace años, muchísimos, nos lo presentó Nicomedes Guzmán.

No pedía nada.

Quería dar.

Ocultaba el exceso de amabilidad con ademanes bruscos. "Zig-Zag" publicó en 1968, cuando "Zig-Zag" era una empresa de resonancia latinoamericana, un volumen con sus "Mejores Cuentos". Los tenía. Valían. Lo tentó de nuevo la novela: "El amor regresa en el otoño" (1974). Lamentablemente, no siempre el amor regresa en el otoño. En ocasiones no regresa nunca. Pablo García consideró una mentira esta verdad. Se puso ríspido. Más de lo usual.

Incomparable carácter. La editorial "Andrés Bello" le otorgó su premio a la novela "Jinete en la lluvia". Pablo García apenas salió de casa a recibir los honores. A continuación se desvaneció como le gustaba desvanecerse en la calle ante los escasos amigos. En San Diego, en las librerías de lance, lo estimaban. Era un excelente tesorero de libros antiguos.

Una vez nos sorprendió escribiendo en "El Siglo" un ensayo en dos entregas sobre Santos Medel, un militante comunista de la zona del carbón. Pablo García no era comunista, pero, entre sus rarezas, exhibía la de admirar a Santos Medel. Es decir, a los temperamentos sacrificados y heroicos. En otra oportunidad nos elogió. Nunca supimos por qué. Por último, escogió la apoteosis del centenario de la Mistral para dejarse devorar por la noche de la muerte.